

Estamos en vísperas de que comience uno de los mayores espectáculos deportivos de nuestro tiempo: el Campeonato del Mundo de fútbol. Es el acontecimiento deportivo que, junto a los Juegos Olímpicos, tiene una mayor cobertura mediática e impacto social entre muy amplios sectores de la población en los cinco continentes del planeta. En el mundo en que vivimos, ningún otro hecho es capaz de captar y retener durante semanas la atención de más de la mitad de la humanidad. Hace dos años, los Juegos Olímpicos de Atenas alcanzaron una audiencia global que superó los 3.900 millones de espectadores. Es previsible que esta cifra, ya de por sí asombrosa, sea igualada o superada durante el mes de competición futbolística que comienza el próximo 9 de junio en Alemania.

El fútbol es el deporte que cuenta en el mundo global de nuestros días con mayor número de seguidores y de practicantes. Muchos millones de personas, pertenecientes a distintas civilizaciones y que viven en continentes muy distantes entre sí tanto física como culturalmente, aman este juego y disfrutan con él, ya sea como practicantes o espectadores. Ellos han hecho posible la conversión del fútbol en un fenómeno social que es, mucho más que un deporte, un lenguaje universal, que entienden hasta quienes no son aficionados, y un lugar de encuentro abierto y sin barreras, en el que caben todos los colores y sensibilidades.

Ningún otro deporte de equipo es

da más y nada menos. Tan importante como el resultado final es lograr que el equipo de la selección española de fútbol, así como la marea roja que le acompañará en las ciudades y estadios alemanes, dejen la huella de un espíritu ganador y de una cultura deportiva que sean capaces de merecer el reconocimiento y la admiración de los equipos y aficiones rivales.

La trascendencia y repercusión de este acontecimiento, que va más allá de lo estrictamente deportivo, obliga a desplegar, como han señalado federaciones deportivas internacionales y los propios organizadores, una política de tolerancia cero contra cualquier conducta violenta, racista e intolerante dentro y fuera de los estadios. Así mismo, sería inaceptable tolerar la identificación del fútbol y el deporte con la prostitución forzada, como han denunciado los Parlamentos europeo y español.

El Mundial de Fútbol, que no de Sexo, se juega en un país admirable y democrático, que consagra en el artículo 1 de su Constitución el principio de que la dignidad humana es inviolable. Sería una cruel paradoja que la fiesta del fútbol se identifique con el tráfico de seres humanos, especialmente mujeres, con fines de explotación sexual. Muy al contrario, hemos de aprovechar esta ocasión para denunciar una vez más el tráfico de mujeres con fines sexuales.

Desde el punto de vista futbolístico, acudir al Mundial de Alemania con espíritu ganador debe ser una consecuencia lógica de la brillante y exitosa trayectoria reciente del deporte pro-



GUGORIAN

Espíritu ganador

Jaime Lissavetzky (*)

capaz de suscitar la ilusión colectiva y las pasiones que el fútbol desencadena. Ninguna otra competición deportiva pone en juego tantos sentimientos como el fútbol, ni activa de tal forma los mecanismos identitarios de las personas, ni proporciona a los países participantes semejante proyección y visibilidad internacionales.

En definitiva, el capitán de la selección nacional del país que el próximo 9 de julio gane el título de campeón del mundo alzará mucho más que cinco kilos de oro, que es el peso material del preciado trofeo. Sus manos sostendrán un símbolo, de valor incalculable y en gran medida intangible, mas no por ello menos poderoso, capaz de activar como ningún otro la ilusión y el optimismo colectivo del país que resulte ganador.

Sin embargo, desde mi punto de vista, la trascendencia del acontecimiento no debería hacernos perder de vista que el fútbol es sólo un juego, na-

fesional español de alta competición. Y ello sucede, además, en muy diversos escenarios internacionales y en disciplinas deportivas individuales y colectivas, incluido el fútbol, tal y como han puesto de manifiesto Sevilla y Barça ganando con brillantez las ya inolvidables finales de Eindhoven y París.

Desde la celebración en Uruguay del primer campeonato mundial de fútbol, hace ya más de 76 años, nos ha faltado a veces la suerte, a veces el acierto goleador y defensivo, y a veces el espíritu ganador necesarios para alcanzar la gloria deportiva de ganar en buena lid la competición y el trofeo que más ilusión colectiva suscitaría en España. Ese debe ser nuestro mayor empeño, nuestra legítima ambición deportiva en el Mundial de Alemania. Podemos hacerlo, vamos a intentarlo. ■

(*) Jaime Lissavetzky es secretario de Estado para el Deporte y presidente del Consejo Superior de Deportes.